DOÑA JUANA

DOÑA JUANA

Andres Laszlo Sr.

PRIMERA PARTE

primeras y definitivas sombras un parpadeo brillante y monótono cuya blancura deslumbradora acentuábase a medida que se hacía más densa la oscuridad. Cerca del faro erguíase la casa de Juanita y los destellos luminosos la vestían alternativamente de luces y de sombras. Era como si una mano negra, inmensa e infinita casi, o una mano blanca, tan inmensa y tan infinita como la otra, dejara sobre ella una caricia rápida constantemente repetida y fugaz. Pero la casa de Juanita estaba de fiesta y su interior, casi cegadoramente iluminado, no advertía siquiera ese parpadeo luminoso que sólo en la fachada y en el jardín acudía a posar su efimera y continuada blancura.

Quizá a la fachada del faro y a las rocas que constituían su único jardín llegasen, en compensación, los apagados rumores de la música también monótona y apenas brillante de una orquesta que en la casa de Juanita generalizaba un pretexto para bailar. Y este puente de encontrados ritmos, tendido sobre la noche entre el faro y la casa de Juanita, imprimía al corto paisaje que iba de uno a otra una humana pero vacía presencia. En esa especie de ir y volver de sonidos y de luces la noche iba acumulando sus silencios y sus sombras, más acuchillados cada vez por la orquesta y el faro. Los árboles del jardín, sorprendidos en su sueño de un instante a otro, vivían su primavera falsamente nocturna en la que el vuelo diurno de los pájaros había sido sustituido por otro vuelo de luces blancas y ásperos sonidos. Así, las rocas del faro vivían por una noche un lejano y apagado canto de sirenas que nada tenían de marinas.

Únicamente en la planta baja de la casa de Juanita había una habitación que permanecía a oscuras. Era la biblioteca.

A través de los cristales y las ventanas penetraban en ella los destellos del faro y la iluminaban casi constantemente. Durante todo el día, quizás a causa de la fiesta, había permanecido inmersa en el olvido. Nadie había cruzado su umbral ni sentándose en sus butacas para leer un momento. Y acaso por esto, porque en aquellos instantes podía ser considerada como un refugio seguro en la casa, fue elegida por Juanita.

Cuando Juanita atravesó el umbral, empujando silenciosamente la puerta, era ya muy tarde. Vestía aún el traje en el que tanto cuidado e interés había puesto para la fiesta. Estaba

cansada y aburrida. La orquesta continuaba tocando todavía, pero Juanita no podía soportarla más. Durante un momento, a oscuras, se quedó indecisa ante la puerta que había vuelto a cerrar sin hacer ruido; luego, instintivamente, levantó la mano para alcanzar el interruptor y dio la luz. La gran araña de cristales blancos y morados se encendió súbitamente, pero aquella luz cruda y repentina le hirió tanto los ojos que, sin haber soltado aún el interruptor, volvió a apagarla. Luego, a oscuras otra vez, se dirigió a una de las estanterías e intentó elegir un libro a la luz de los destellos del faro. Pegando casi la cara al lomo de los libros para poder leer sus títulos estuvo durante unos momentos con la mano levantada, preparada para tomar el elegido. Pero no le fue posible distinguir en el borroso dorado de sus letras la obra que deseaba.

Se acercó entonces a la mesita, encendió la lámpara portátil y volvió a la estantería. Ya ante ella, levantó la lámpara para iluminar lo mejor posible los libros y eligió uno. Con él en la mano se dirigió de nuevo a la mesita, dejó en ella la lámpara y se sentó. Con un suspiro de satisfacción, abandonando el libro en su regazo, estiró las piernas. Un instante después consideró que quizás el placer de su descanso no era suficientemente completo porque los zapatos le apretaban, y, casi sin moverse, con toda

delicadeza, se descalzó a medias soltándolos con la punta de los pies. Nuevamente satisfecha se reclinó en la butaca y apoyó en ella la cabeza, pero el moño la molestó. Con ademanes casi violentos restregó la nuca contra el respaldo y lo deshizo; cayó el pelo sobre sus hombros y se sintió aliviada. Volvió a suspirar, sacó de su bolsillo de noche unas gafas de concha oscura y se las puso; abrió el libro y comenzó a leer.

No permaneció mucho rato leyendo porque un rumor que iba aumentando le hizo levantar la cabeza y prestar atención.

Alguien bajaba la escalera que daba al salón contiguo. Juanito y la Chica, cogidos de la mano, huyendo de los demás, intentaban también hallar un refugio al abrigo de la gente, donde, sin testigos, pudiesen resolver una situación cuya importancia se reflejaba vivamente en sus rostros. Vestían ambos de etiqueta; ella con un traje blanco que aniñaba aún más su figura, pero llevaba echado sobre los hombros un gabán y en la mano un bolso gris de piel de cocodrilo. Habían bajado en silencio los peldaños y, al llegar al pie de la escalera, se soltaron las manos.

- —Entonces... preguntó la Chica, volviéndose a él y dando a su pregunta un tono de inquietud y resolución —. Entonces...
 - —Entonces, ¿qué? inquirió él, aparentando estar distraído.
 - —¿Estás decidido?

La pregunta había sido demasiado concreta para no exigir de él una respuesta clara y definitiva.

—No, no puedo — contestó Juanito con obstinación y temor a la vez.

—¿No vienes?

Pareció como si ella hubiese estado a punto de echarse a llorar al hacer esta pregunta. Juanito lo advirtió y contestó dulcificando el tono de su voz:

—Pero, muchacha... ¿No comprendes que estas cosas no se liquidan así como así?

Ahora fue despecho lo que sintió la Chica. Herida por las palabras de Juanito, exclamó con cierto desdén:

—¡Oh, por mí...! Yo no pretendo forzarte ni obligarte a nada... Si tanto te pesa... Al fin y al cabo, yo no he empezado.

-; Cómo! ¿No empezaste tú?

Juanito había hablado violentamente, elevando el tono de voz, y Juanita, desde la biblioteca, oyó claramente su pregunta formulada casi como una exclamación. Se estremeció al oírle y, descalza, procurando no hacer ruido, se dirigió a la puerta que comunicaba el salón con la biblioteca y se puso a escuchar.

—¡No tengas tanto descaro! — exclamó la Chica —, ¿me oyes? ¡Ah! Corroboras exactamente la opinión que nosotros

tenemos de los españoles. Habláis, habláis... fuego por todas partes. Parecéis locos y, luego nada... — hizo un esfuerzo para contenerse y añadió —: Esta misma tarde, en el tenis, me has asegurado que te irías conmigo, que me seguirías hasta Dios sabe dónde, y yo, ¡pobre idiota...! Si hablabas en serio ya debes tener tu pasaporte en el bolsillo.

—¡No te pongas así, mujer!¡No te he mentido! He decidido acompañarte, huir contigo hacia... — vaciló un momento y súbitamente, con una voz cálida, profunda y ardiente que no había tenido hasta este instante, añadió —: hacia el amor. Aquí llevo el pasaporte — continuó resuelto y categórico, dándose una palmada en el bolsillo posterior del pantalón —, y hasta el visado, que no es poco decir. Pero... lo he pensado mejor; esta noche no puede ser. No puedo fugarme contigo. No puedo.

- —¿Acaso ya no me quieres?
- —¿Quererte? ¿Yo? titubeó un instante y agregó decidido —: Jamás te quise.

La Chica, enormemente sorprendida por lo inesperado de esta contestación, exclamó:

- —¿Cómo?
- Estoy enamorado, enamoradísimo de ti contestó Juanito, pero no es lo mismo.

- —¿A qué viene ahora esto? inquirió la Chica con sorna y continuó inmediatamente dando a sus palabras un tono cínico : Y de ella, de tu dichosa Juanita, ¿también estás enamorado?
 - —No. A ella la quiero. Este es el problema.
- —¡Pues no matizas que digamos! No te conocía estas sutilezas.

Juanito no contestó. Parecía seguir el curso de sus pensamiento, y como si hablara para alguien que pudiera comprenderle dijo:

- —Somos novios desde niños. Apenas empezamos a andar y ya... de pronto pareció darse cuenta de que estaba hablando con la Chica y continuó dirigiéndose a ella y con un arrebato —: ¿Cómo vas a comprender estas cosas? Lo cierto es que no puedo presentarme ante ella, tan fresco, con mi maleta en la mano y una sonrisa en los labios para decirle: «Oye, Juanita, me fugo... Sí, me fugo con una chica que he conocido hace cinco..., seis días. Dame tu bendición», y otras cosas por el estilo.
- —Te estás ahogando en un montón de sentimientos anticuados — replicó la Chica con desdén —. No estamos en un museo, ¿verdad? Además, tus argumentos están llenos de contradicciones. De todos modos — añadió con ironía —, no te preocupes; ni te obligaré a que abandones «la mansión de tus

antepasados», ni te lo propondré nunca. Es más, si quisiera decir cosas trascendentales, te diría: «¡Ha llegado el momento de elegir entre el amor y el querer, si es que tanto los diferencias!» Lo malo del caso es que ya le he hablado a mi padre y el pobre te ha preparado un camarote. Nuestro yate ha de llegar mañana a Gibraltar; así, pues, tendrás que estar a bordo dentro de media hora, lo más tarde. Y ahora me voy; no quisiera que se inquietasen por mí. Te mandaré el coche a recogerte — y le tendió la mano —. Bueno; hasta la vista o hasta nunca, como quieras.

—Por favor, nena — exclamó Juanito conteniéndose —. Si sigues así, por muy enamorado que esté de ti... — pero comprendió que había ido demasiado lejos y añadió suavemente —: Sólo te pido que me des tiempo, muy poco, cuarenta y ocho horas escasas. Vete tranquila; yo lo arreglaré todo correctamente y nos reuniremos en Gibraltar. Al fin y al cabo, no puedo comportarme como un cerdo.

—No, no es esto, querido — replicó la Chica —. Nadie pretende que te comportes como un cerdo, sino como un hombre.

— ¡Oye! — exclamó Juanito, furioso.

La Chica lo miró; se dio cuenta de que le había replicado con demasiada dureza y, tratando de borrar el efecto que le habían producido sus palabras, se arrimó con coquetería a él y dijo, intentando halagarlo:

—Vamos, no seas así. No he querido ofenderte, sino demostrarte que siempre que se ha hecho algo grande en el mundo ha sido por amor y no por cariño. Además, lo sabes tan bien como yo.

—Bueno — contestó Juanito, todavía molesto —. Todo esto está muy bien, pero es preciso que te hagas cargo de que hemos pasado la infancia juntos, de que hemos sido el uno para el otro algo tan especial, tal especial... Fuimos novios, siempre hemos sido novios, siempre, ¿comprendes? Y así, juntos, hemos crecido... Al fin y al cabo, ella no ha dejado nunca de ser lo firme, lo decente, algo limpio en mi vida. Donde yo estuviera, hiciera lo que hiciese, cuando hacía el servicio militar; cuando volaba, cuando participaba en algún campeonato de tenis o cuando me iba de juerga, siempre había en mí algo sencillo, una estampa limpia y sin sombras: ella, Juanita, leyendo algún libro, con sus enormes gafas. Y aunque no pensase en ella, estaba siempre en mí, la tenía conmigo, como si formara parte de mi persona.

Juanita había oído toda esta conversación sin perderse una sílaba, pero cuando Juanito hubo pronunciado estas palabras inclinó la cabeza. Toda su emoción, todo cuanto sentía en

aquellos momentos reflejábase en este leve movimiento que no podía definirse y que ella tampoco intentaba explicarse. Podía ser debido a la humillación que experimentaba en aquellos instantes al oír las palabras de él que de tal manera 'evidenciaban sus sentimientos; pero podía ser también un ademán de resignación e incluso un inexpresable movimiento de ternura porque había creído advertir una cierta dulzura en las últimas palabras que Juanito había pronunciado, las que aludían precisamente a las gafas.

—Y ella, ¿te quiere? — preguntó la Chica.

Juanita volvió a levantar la cabeza para prestar atención.

- —¡Vaya una ocurrencia! ¡Naturalmente! contestó Juanito.
- -¿Está enamorada?
- —¡Naturalmente!
- —¿Cómo naturalmente? inquirió, extrañada la Chica —. Hace un instante habías establecido una gran diferencia entre querer y estar enamorado. Cuando se trata de ti...
- —¡No te armes un lío, mujer! interrumpió Juanito —. Me refería a los hombres. Tratándose de mujeres es muy distinto. Con ellas resulta difícil establecer diferencias.

Destacándose limpia y claramente sobre la música apagada de la orquesta llegó hasta ellos el sonido ronco de la bocina de un yate.

- —Papá se está poniendo nervioso dijo la Chica —. Tengo que irme. Sentiría mucho perderte por terco.
- —Pasado mañana en Gibraltar contestó Juanito, tratando de cortar así toda nueva discusión.
- —Saldremos de allí hacia el mediodía. Pasado mañana estaremos ya cerca de las Azores, porque papá tiene que estar en Nueva York el lunes. Por lo tanto... Bueno, tú verás lo que haces y. al ver que Juanito, no pudiendo dominar su impaciencia, intentaba disimularla pasándose la mano por el pelo y suspirando violentamente, añadió —: ¡Eso es! ¡Vaya un conflicto! ¡Y conste que eres tú quien lo crea!
 - —¡No seas injusta!
- —Si ella te quiere tanto como tú afirmas y le hablas con absoluta confianza, no sólo te comprenderá, sino que incluso será ella quien hará que te vayas conmigo.

Por un momento Juanito creyó posible lo que la Chica le sugería. Sí, acaso Juanita comprendería su situación y sus sentimientos y no sólo justificaría su actitud sino que la aceptaría.

- —¿Estás segura? preguntó —. Quizá...
- —¿Quieres que se lo diga yo? inquirió ella dulcemente —. ¿Dónde está?

—No lo sé. A lo mejor, en su cuarto — la Chica se volvió dispuesta a subir las escaleras, pero Juanito la detuvo con un ademán —: No te preocupes, ya se lo diré yo.

De nuevo volvió a dejarse oír la bocina del yate, que sonó esta vez con mayor impaciencia. La Chica, al oírla, intentó decir algo, pero Juanito la cogió del brazo y le dijo:

- —Vete. Márchate tranquila y mándame el coche en cuanto llegues. Dentro de media hora estaré a bordo con mis maletas y la absolución.
 - —¿Seguro?
 - —Seguro.
- —¡Así te quiero! exclamó ella, contenta; se abrazaron los dos y, luego, liberada ella del abrazo, añadió —: ¡Me voy corriendo! ¡Adiós, Juanito! Desde la puerta lo miró sonriendo, se embozó teatral mente en su gabán y dijo, levantando una mano —: ¡Rectifico! ¡Adiós, don Juan!

Desde los primeros peldaños de la escalera, Juanito, también sonriente y presuroso, contestó:

— ¡Hasta ahora!

Juanita, desde la biblioteca, los oyó partir. Se volvió y se quitó las gafas. En su rostro miope se reflejaba la tremenda amargura que acababa de experimentar. Con ojos extraviados miró en el vacío y murmuró con voz desesperada:

—Don Juan..., don Juan...

Y entonces una voz clara, respondió desde el otro extremo de la biblioteca:

—¿Decía usted…?

Juanita se creía sola. Estaba segura de que nadie había entrado en aquella habitación ni podía haber entrado sin que hubiese sido visto por ella. Sobresaltada, miró en torno suyo, pero todo estaba en tinieblas. Levantó la lámpara e, inclinándola, dirigió su luz hacia el lugar de donde había llegado la voz. Vio entonces a don Juan que con una mano protegía sus ojos de la luz y, con la otra, componía apresuradamente su indumentaria. Juanita lo vio vestido de frac y acercarse a ella repitiendo:

- —¿Decía usted...?
- —¿Quién es usted?
- —Don Juan.
- —¿Qué don Juan?
- —Pues don Juan repuso.
- —No le conozco.
- —Lo mismo me dijo el mayordomo cuando me vio entrar.
- —Y, ¿qué hace aquí?
- —Dormir.
- —¿Aquí?

Doña Juana

—Soy una de las pocas personas lo suficientemente sinceras para dormir en una biblioteca a oscuras. Además, hace ya un par de siglos que frecuento estos parajes, a pesar de que no valgan la pena.